

EB

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 418

25 CTS.



**¡Tú serás
rey!**

POR
Lya Mara

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 418

¡Tú serás rey!

Visión cinematográfica de la famosa
opereta de gran espectáculo del ilus-
tre compositor JOHANN STRAUSS

Interpretada por

LYA MARA y MICHAEL BOHEN



EXCLUSIVA DE

Cinematográfica Almira, S. A.

Rambla de Cataluña, 46

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

MARIAN NIXON

Silar Ferragó

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura



¡Tú serás rey!

Argumento de la película

Al terminar la guerra siempre existen dos cosas:

Vencedores: Un pueblo que agita banderas, redobla tambores y llora su ruina.

Vencidos: Otro pueblo que agita banderas, redobla tambores y llora su ruina.

Omar, cabeza de turco vencida, jefe del Estado oriental derrotado por Oslavia, el pequeño reino europeo, había tenido que abandonar su patria, ocupada totalmente por los vencedores.

En su fuga, Omar invadió la pequeña y vecina nación de Serenia de la que también tuvo que huir, perseguido por los ejércitos triunfadores de Oslavia. Estos, con el orgullo de su victoria, acababan de anexionarse el país de Serenia que fué neutral en la anterior lucha.

El turco se alejaba a la sazón de Serenia hacia otras tierras más propicias donde buscar ayuda y venganza contra el vencedor.

Rugiendo para sus adentros, como fiera dominada, atribuía su derrota a Alá, y sólo una cosa le hacía sonreír con furor: el haber podido salvar su tesoro, que llevaba en un carro, sin que nadie lo sospechara.

Con Omar iban los supervivientes de la batalla, y, como un tesoro más, la jaula donde estaban encerradas las mujeres de su harén.

De pronto, el turco se detuvo, hizo adelantar a sus súbditos, y, rezagándose con el conductor del carro que ocultaba el arca conteniendo el tesoro del cabecilla, dijo al buen hombre:

—Lleva a la otra orilla del río el carro de mis tesoros. Temo que caigan en sus manos.

Y le ordenó que se adentrara en el río, como si fuese fácil el vadearlo en aquella época. El carretero obedeció, pero, antes de que pudiese darse cuenta de que iba a hundirse, el jefe turco le disparó un tiro, tumbándole del asiento para caer al agua y ahogarse.

Los caballos siguieron avanzando, y cuando pretendieron apartarse del peligro, ya era demasiado tarde; y bestias y carro, con el tesoro, se hundieron en las aguas del río, acompañada su desaparición con esta exclamación del turco:

—¡Que las aguas sean arca oculta a la rapacidad de los oslavianos!

Así, cuando él volviese, una vez repuesto de la derrota, recuperaría sus tesoros, y también el reino perdido.

La anterior escena había tenido un testigo, que estaba oculto entre el ramaje.

Era una mujer, joven y bella. Respondía por Blanca y había llevado una existencia nómada,

yendo de bailarina con un grupo de volatineros, gente bohemia que no paraba en ningún lugar.

Pero la guerra, la invasión de las tropas de Oslavia, disolvió la compañía de faranduleros, y Blanca tuvo que acogerse a duros menesteres de la tierra para poder vivir. Ejercía de campesina ayudando a las duras tareas de la recolección.

Se sorprendió en gran modo al ver hundirse el carro en el río, y una sonrisa iluminó sus facciones. ¡Ah, si llegara un día en que ella pudiese apoderarse de aquellos tesoros que había oído pregonar al jefe turco!

La comitiva de los enemigos fué alejándose, mientras Blanca les seguía con una mirada de esperanza y de rencor...

¡Malditos, malditos todos! Ellos, y los hijos de Oslavia, pues todos habían puesto su planta deshonrosa sobre la gentil tierra de Serenia.

¿No sería posible alcanzar nunca la libertad?

* * *

Oslavia, además de ganar la guerra, se apoderó definitivamente de Serenia, anexionándose a su territorio aquel pequeño Estado neutral, de gentes pacíficas, labriegas y laboriosas.

Don Tonel era el proveedor de los ejércitos de Oslavia y uno de los vencedores que se repartieron el Estado neutral y desaparecido.

Hombre sin escrúpulos, se había adueñado, con la impunidad del vencedor, de gran parte de fértiles campos, de magníficas haciendas.

Se hallaba un día contemplando sus tierras y

los animales que por ellas correteaban, cuando llegó a él un correo del rey, quien entregó un mensaje de Su Majestad.

Decía así:

Yo, Alberto XVIII, vengo en decretar para asegurar la paz, que sean devueltos a los pacíficos habitantes de Serenia todos sus bienes, fincas y ganados.

Don Tonel puso el grito en el cielo. Mirando al emisario, dijo:

—¡Esto es una injusticia! ¡Para qué dieron la vida los ejércitos si no me ha de servir para nada!

El correo sonrió... ¡Bien sabía él lo que le costaba a Tonel desprenderse de lo que ya consideraba suyo!

—¡No es lo mismo que Alberto XVIII devuelva las banderas ganadas y que yo devuelva las fincas en que yo vivo!

—Es orden del Rey.

—Sí, sí... pero no es muy justo...

Y siguió refunfuñando y pensando no cumplir aquel decreto importuno del soberano.

No lejos de allí se levantaba el palacio del Conde de Volga, el pulido gobernador del Estado subyugado.

Hallábase acicalando su persona, cuando un muchacho, con el traje destrozado y en el rostro las huellas de larga jornada, llegó a su palacio pretendiendo hablar con él.

Este negóse a recibirlo, y un soldado transmitió al joven la respuesta del Conde de Volga.

No parecía el visitante hombre que se arredra fácilmente. Apretó los hijares a su caballo y

saltó por una ventana abierta a la distancia donde el gobernador seguía arreglando su físico.

Quedó el conde sobrecogido ante la inesperada aparición.

El muchacho se apeó de caballo y avanzó hacia el gobernador.

—¿Quién se atreve a entrar aquí en el palacio de un vencedor?—protestó Volga, indignado.

—¡Un hombre que no ha sido vencido todavía!

—repuso el desconocido con noble entonación.

—¿Cómo osáis?...

—¡Soy el hombre que pudiendo ser rey de Serenia quiso gozar la aventura en todos los lugares de la tierra, vagabundo en carreta de farsantes! Aquí están las pruebas de mi autenticidad...

El conde leyó el manuscrito que el visitante le entregara, y que decía así:

“El gobernador general de Serenia, certifica que el portador de este documento es Raúl de Serenia, heredero del trono, que abandona su patria en busca de aventuras.

Debe ser respetado como su alcurnia merece.

Sorprendióse ante la lectura de aquel documento, redactado en otros días por el gobernador de Serenia cuando Serenia era un país libre, independiente.

Miró al joven y contempló sus facciones finas, su porte expresivo, arrogante, que no podía ocultarse bajo el tosco vestido que llevaba.

Recordó la historia de aquel muchacho de sangre real, que en vez de permanecer en su tierra, había preferido ir por el mundo como un bohemio. Durante su ausencia había muerto su pa-

dre, y ahora, al volver, se encontraba con que su país estaba anexionado a Oslavia.

El conde del Volga, recordando que era deseo del rey de Oslavia vivir en paz con la gente de Serenia, acogió cariñosamente al muchacho.

—Bienvenido. Nadie os ha de molestar en estas tierras. Oslavia se complacerá en protegeros.

—Llevadme a mi palacio, pronto, señor gobernador. Es mío y quiero instalarme en él, aunque sea ya un príncipe sin trono.

E hizo una mueca de amargura.

—¿Vuestro palacio? Ruinas... nada más que ruinas. Persiguiendo al turco Omar, los cañones destrozaron vuestra posesión.

—¡Oh, Dios!

Se encaminaron ambos hacia el lugar donde en otro tiempo se levantaba el hermoso alcázar real... ¿Qué quedó de tanta grandeza? Ruinas, muros que apenas se sostenían en pie, restos miserables...

Paseó Raúl tristemente por estos vestigios de su pasado...

¡Nada quedaba ya! ¡Maldita guerra! Y de pronto, mientras avanzaba silencioso, al lado del gobernador, vió a una mujer que danzaba maravillosamente sobre las ruinas...

Era de cálida belleza, su cuerpo despedía fulgores de tentación.

La danzarina era Blanca, que vivía en una de las cuevas del palacio desmoronado, en compañía de una anciana adivinadora a la que se atribuían dotes de sortilegio, de brujería.

Las dos mujeres, después de la guerra, se habían puesto a vivir juntas, y Blanca ayudaba a

la vieja en el cuidado de unas parcelas de labranza.

Al verla, el gobernador se estremeció de alegría y agitado por un soplo de lujuria, corrió hacia la joven, pretendiendo acariciarla torpemente.

Blanca defendióse de aquellas manos atrevidas, pero hubiera tenido tal vez que sucumbir a aquella brutalidad, de no interponerse Raúl, quien, con gran energía, rechazó lejos de la doncella al gobernador.

—¡Este era el feudo de mis mayores y mi fuerza es ley!—le gritó.

—¡Insolente!

—Por mis fueros y mi hombría sé hacerme respetar.

—¡Ah! Os prometo que no olvidaré vuestra audacia.

Y, enfurecido, el conde del Volga abandonó las ruinas, temeroso de que la fuerza atlética del mozo acabara con él.

Blanca contemplaba con gran emoción a su salvador, y la vieja, que había presenciado oculta en un rincón la escena, corrió a postrarse a los pies de Raúl:

—¡Os reconozco, señor! ¡Bienvenido sea el hijo de aquel que murió antes de ver su morada invadida! ¡Con vos renacerá nuestra patria!

Raúl hizo un gesto doloroso.

—¿Qué voy a hacer yo, pobre de mí?

—¡Vos sois la tradición que vuelve! ¡Vivimos bajo la opresión! ¡Es preciso que nos salvéis!

Raúl la contempló con melancolía. ¿Cómo poder luchar contra un poder tan inmenso como el del invasor? El había vuelto a su patria, pero sin

ningún propósito de reconquistar el trono. No podría...

—¡Pasad, señor! ¡Vuestra es nuestra pobreza! —le dijo la anciana.

—Gracias, buena mujer.. Todo lo he perdido.. Mi palacio está en ruinas... Vuestro hogar me cobijará...

Y entraron en la cueva donde habitaban las mujeres, y allí, la vieja preparó una cena frugal, mientras Blanca seguía contemplando con admiración a aquel rey que no conocía...

A la misma hora, los vencedores, en casa de don Tonel, celebraban un festín espléndido... El festín de los vencedores que tienen los manteles por bandera y adoran el vino como sangre de héroes...

Y los vencidos, después de su pobre cena, conversaron sobre las glorias pasadas.

La vieja consultaba las cartas como un oráculo y dijo a Raúl:

—¡Tú serás rey! ¡Las cartas no mienten!

—¡Bah! — contestó Raúl con incredulidad—. ¡Cómo te hace soñar tu lealtad! ¡Si no cuento con medio ninguno, si soy tan pobre como tú!

—¡Yo sólo te digo que tú serás rey y conducirás a tu pueblo a la victoria!

Y siguió ponderando las futuras glorias que adivinaba.

Blanca no intervenía apenas en la conversación, contemplando dulcemente a aquel rey de rostro encantador, de modales finos... ¡Un rey de leyenda!

Y aquella noche, la ambición, el amor y el respeto hicieron soñar despiertos a tres seres.

* * *

Pasaron días. Raúl, sin medio alguno de fortuna, ayudaba a las dos mujeres en las faenas agrícolas. Y de este modo ganaba su pan junto a



¡Un rey de leyenda!

aquellos dos bondadosos seres.

Una tarde, sentados en el campo, la vieja y Blanca contemplaban a Raúl que trabajaba no muy lejos de ellas.

—¡Será rey!—dijo la bruja—. ¡Pero las cartas también dicen que tú serás reina!

—¿Yo?

Y la emoción enrojeció sus mejillas al propio tiempo que movía la cabeza con aire de duda...

¡Qué sueño tan hermoso... y qué irreal!

Entretanto, don Tonel gustaba de ofrecer sa-raos en sus salones a la gente de buen tono de Oslavia, oteando un apellido noble para su hija.

Entre los pretendientes, figuraba el baroncito de Juglar, un ser enclenque y ridículo, noble con poca fortuna que deseaba saber la profundidad de los arcones de Rosarín de Tonel.

Rosarín quería al baroncito; a pesa* de su figura insignificante y de los impertinentes que casi sin cesar cabalgaban sobre su nariz, no le era desagradable aquel joven. Y el amor parecía unirles en su círculo de oro.

El señor de Tonel no tragaba, en cambio, al baroncito. ¡Le parecía tan poca cosa! Deseaba para su hija algo mucho mejor, un muchacho rico y varonil.

Transcurrieron nuevas semanas... Los hambrientos alejados de Serenia volvieron lentamente a sus lares, atraídos por el imán irresistible de la patria. Iban guiados por Ismael, viejo patriarca que mantuvo la ilusión del pueblo en las horas de derrota...

Se alegraban infinitamente al ver que volvían a encontrar a su vuelta muchos objetos que enterraron, al huir del invasor.

Ismael encontróse un día en el campo con la anciana y con Blanca. Las mujeres le explicaron que con ellas convivía el legítimo rey, al que vieron ahora todos algo alejado de allí, trabajando sobre la tierra.

—¡Con el espíritu del rey muerto, su hijo Raúl de Serenia alcanzará respeto para nosotros!—di-

jo el patriarca, complacido—. Es fuerte y arrogante como su padre...

Blanca lanzó un suspiro y alejóse unos pasos con los ojos clavados en el rey que estaba bien ajeno a que estuvieran observándole.

La anciana sonrió al viejo Ismael y le dijo:

—¡Le vió y suspiró por él! ¡Sangre de reina!

—¡Magnífico!—murmuró el patriarca—. Alienta ese amor. El dará nuevas fuerzas a Raúl para intentar la reconquista de su trono.

Y ambos siguieron hablando en voz baja de sus sueños de hacer libre la patria.

* * *

Un amigo de Tonel comunicó un día a éste:

—¡Malas nuevas! ¡Te veo sin granjas ni palacios! ¡El aventurero Raúl de Serenia ha regresado!

Rechinó Tonel los dientes.

—Tienes un medio de conservarlo todo. Hazle tu yerno y parecerá que lo dejas vivir en el palacio que es suyo.

—Tienes razón..

Dirigiéronse ambos a la bodega de la casa donde estaban varios amigos en francachela.

La juerga era mayúscula: muchos de los invitados estaban borrachos.

Raúl había salido a dar una vuelta por los campos y atraído por el griterío que surgía de aquella casa, se encaramó a una de las ventanas y contempló el interior.

Un borracho que le viera, le dijo, sonriente:

—¿Cómo estás, amigo?

Y al propio tiempo le disparó un tiro de revólver.

Por fortuna, Raúl, presto, hurtó el cuerpo y pudo rehuir la bala. Y, tranquilo, disparando a su vez, contestó:

—Bien... ¿Y tú?

La bala despojó al borracho de su casquete.

Los disparos habían atraído la atención de todos hacia Raúl.

Tonel le contempló sonriente y le gritó:

—¡Adelante, adelante! ¡Te reconozco, Raúl!...

¡Tú eres el famoso príncipe aventurero!

Raúl avanzó sonriente mientras Tonel le estrechaba la mano pensando que a aquel rey tenía que hacerlo de la familia.

—¿Y qué piensas hacer en las tierras que abandonaron tus mayores?

—¡Vivir!—dijo riendo.

—¡Aquí te aburrirás mucho!

—¡Bah!

—Tienes una solución: ¡casarte!

Raúl se echó a reír, y Tonel, muy amable, pues deseaba atraerlo a su casa, le acompañó a los salones, presentándole a Rosarín y a los otros amigos que asistían a la recepción.

Pero el baroncito comenzó a burlarse de él, haciendo mofa de su traje, lo que indignó al joven monarca. Los dos hombres comenzaron a disputar, de las palabras pasaron a los hechos, y pronto el salón quedó convertido en un campo de Agramante.

Los nobles se pusieron al lado del baroncito, pero Raúl, más fuerte que todos, se abrió paso al grito de ¡Atrás, bailarines!

Y salió con toda la arrogancia de los vencedores, dirigiéndose al campo, donde encontró a las dos mujeres en compañía del patriarca.

Raúl escuchó que el patriarca decía a Blanca que amase al joven rey, y avanzando hacia el viejo le preguntó a qué había venido.

—¿Quién sois y qué decíais a esta mujer?

Blanca se había retirado unos pasos, avergonzada.

Entonces, el viejo patriarca explicó el anhelo de todos los patriotas de que Raúl se pusiera al frente de ellos...

—¡Debéis reinar, señor! ¡Todo vuestro pueblo os espera! !

Y a unas palmadas suyas, salieron de los matorrales centenares de hombres y mujeres que aclamaron a Raúl como al soberano legítimo.

—Yo no sé reinar—decía Raúl confuso.

Pero emocionado por aquellas demostraciones de cariño, acabó por acceder a sus deseos.

Se pondría al frente de sus leales.

El viejo patriarca le entregó los atributos de la realeza, y Raúl, contemplando dulcemente a Blanca, y emocionado por la compañía de esa mujer que ya llenaba desde el primer día su corazón, acercóse a ella y la pidió por compañera, por esposa.

Y ella, sonriente, ruborosa, accedió; y dijo el patriarca:

—¡Cumplid el rito ancestral! ¡No es digno de tener mujer quien no la alcanza!

Y Blanca comenzó a correr por el campo, perseguida por Raúl, hasta que éste pudo alcanzarla y besarla en los labios, proclamando y sellando ante todos su amor.

Y aquella noche fué de amor... y de júbilo en el campo... y de alegría en todas las almas...

* * *

Tonel había recibido la visita del baroncito, empeñado en pedirle la mano de Rosarín. Pero el padre se la había negado en mala forma.

Otras cosas le preocupaban: el poder cada día más creciente de Raúl entre las gentes de Serenia.

Un día recibió la visita de uno de sus amigos, quien le dijo:

—¡Raúl no es rey!... ¡No tiene ejército!... Hay medios legales para quedarnos con sus bienes.

Y le leyó un decreto que algún tiempo antes había dictado el rey Alberto, y que decía que serían encarcelados cuantos viviesen con mujer soltera sin haberse casado legalmente, y que, en tal caso, les serían confiscados sus bienes y nulos todos los pactos y tratos...

Tonel, satisfecho de poder librarse de su enemigo, le mandó detener, puesto que Raúl vivía con Blanca sin haberse casado de modo legal...

No reconocía Tonel los ritos ancestrales de la gente de Serenia...

Cuando aquel mismo día fueron a detenerle, los buenos patriotas se amotinaron, pero Raúl impidió que hubiera derramamiento de sangre.

Y se dejó conducir por los sayones...

Cuando le llevaban a la cárcel tuvieron que detenerse cerca de un puente, pues un carro había hundido una parte del mismo y casi cogido bajo su peso a unos niños de corta edad.

Nadie podía librar a los pequeñuelos del terrible peso que les amenazaba, pero Raúl brindóse a ello y consiguió levantar el carro arrancando a las criaturas de una muerte cierta.

Y mientras todos comentaban la hazaña, Raúl apoderóse de un caballo y huyó a campo traviesa, a tiempo que decía:

—¡Expresiones a Don Alberto!

Y, entretanto, el viejo patriarca, procurando calmar la desesperación de Blanca, le entregaba un tubo de metal y le decía:

—¡Llega ante las gradas del trono, entrega ésto a Alberto XVIII, y seréis libres!

Y la joven, esperanzada, se dispuso a cumplir el encargo que iba a salvar a su amor.

* * *

Con motivo de la aprehensión de Raúl, el pueblo de Serenia, alarmado, y no dispuesto a dejarse sojuzgar por los usurpadores de sus lares, volvieron a emigrar en masa, conducidos por el patriarca Ismael. Esperarían el momento de enfrentarse al enemigo con probabilidades de rechazarle de sus tierras tan injustamente robadas.

En tanto, Blanca, destrozándose los pies, hechos para la danza, se acercaba a Oslavia, deseosa de entrevistarse con el rey, para suplicarle la libertad de Raúl, cuya fuga ignoraba.

Pero, antes de que ella llegase a la capital del reino, en palacio ocurrían graves sucesos. El pri-

mer ministro llamaba la atención de Su Majestad acerca de lo que ocurría en el campo enemigo.

—Los turcos se han repuesto y vuelven a proclamar la guerra. Omar ha encontrado ayuda y se propone derrotarnos.



—¡...entrega ésto a Alberto XVIII y seréis libres!

Y el rey, reuniendo en Consejo a sus ministros, manifestóles:

—Nuestra dignidad nos obliga a aceptar el nuevo reto.

Y, decidido a guerrear, es decir, a que guerreasen los otros:

—¡Llamad a las armas! ¡Todos los hombres serán soldados!

El ministro de Hacienda se permitió apuntar: —¡El Tesoro está sin recursos!

—¡Pues que suelten los ricos su oro! ¡No es justo que sólo den su sangre los pobres, cuando está en peligro la patria!—exclamó el rey.

Esas palabras levantaron murmullos de protesta, pero como era cierto que la patria estaba en peligro, la orden del rey, por perjudicial que fuese para los ricos, tenía que acatarse sin remedio.

Y se dieron inmediatamente las órdenes necesarias para que en todo el reino de Oslavia y en Serenia se reclutasen a todos los hombres útiles, para armarlos contra el turco tenaz.

Y hasta Serenia llegaron los soldados encargados de la leva, la cual realizaban con singular habilidad.

En la mansión de don Tonel, continuamente concurrida por nobles y partidarios leales del acaparador, aquéllos en los salones y éstos en las bodegas y cocinas, presentáronse los agentes del rey, y éstos, dirigiéndose a los últimos, les dijeron, por boca del jefe, risueño y optimista:

—¡Venid a beber! ¡Los que defienden a la patria han de ser tratados como merecen!

Los humildes, que no podían negarse a ser reclutados, y a los que ni les era permitido siquiera discutir la orden, rodearon a los soldados y se aprestaron a beber.

El jefe añadió:

—¡El vino enciende la sangre! ¡Soldado que no bebe no es peligroso!

—¡A beber, a beber! ¡Que beban los soldados! —palmoteó el baroncito de Juglar.

El jefe se fijó detenidamente en el ridículo noble y prosiguió:

—¡Vais a ver la sencilla manera de fabricar soldados!

—¡Que se vea! ¡Que se vea!—gritó el baroncito, aprestándose a ver la cara que pondrían los reclutas obligados a incorporarse a filas.

—Se llenan unos vasos de vino—explicó el jefe—. Así...

—¡Interesante! ¡Muy interesante!

—Se les invita a trincar. Así, ¿ve usted, barón?

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Se le pone en la mano la primera soldada. Así, como yo lo hago con usted, barón...

—¡Perfectamente!

—Ahora, se le pone el gorro en la mollera, y ¡ya está!

—¡Qué fácil!

—¡A formar!—ordenó el jefe al barón, pues lo que parecía juego no era más que la pura realidad.

—¿A formar, yo?

—¿Por qué usted no y los demás sí?

—Pero, ¿iba en serio la broma?

—Vamos, barón, no se queje usted. ¡Estás guapo, quinto!

Y el barón se vió convertido en soldado como el más humilde plebeyo.

Luego, el jefe, dirigiéndose a don Tonel, que se reía del pretendiente de su hija, le dijo, poniéndole un gorro en la melonera:

—¡Ni hecho a medida para ti, Tonelete! ¡Ven-ga esa mano!

—¡Ahí va, hombre, ahí va!

—¡Así me gustan los quintos! ¡Alegres, siempre alegres!

—Pero, ¿qué es esto? ¿Yo también debo ir a la guerra?

—¡Me parece que ya te toca arriesgar un poco el pellejo, con lo lleno que lo tienes!

—Es que...

—¡A brindar! ¡Soldados! ¡Viva la guerra! ¡Viva la alegría! ¡Viva la Pepa!

Don Tonel prefirió sonreír, y acariciaba el sable que le dieron, pareciéndole que con él iba a dar cuenta de muchos turcos, de cuyos tesoros se apoderaría, para no perder el tiempo.

En cambio, el barón estaba triste, pensando en las calamidades que iba a sufrir en campaña, y si brindó, fué a la fuerza.

* * *

Y retumbó el cañón.

Alberto XVIII, para dar el ejemplo, se hallaba en el frente, convenientemente resguardado por una fuerte vanguardia. Estaba, pues, en el frente del medio. Pero hasta él llegaba el saludo de los cañones, y como Su Majestad no era, ni mucho menos, un valiente, a cada nuevo cañonazo se sentía menos animoso.

—¡Caramba! Los cañonazos, cuando no son salvas en mi honor, me dan jaqueca—no pudo menos de decir a su ayudante.

—Es la guerra, Señor...

—¿No podríamos hacer una guerra más silenciosa, más discreta?

—Nuestras tropas lograrán pronto imponerse, y renacerá la calma.

—Así lo espero, porque esto no es vivir.

Y el buen rey, que quería paz y buenos alimentos, suspiraba por la tranquilidad.

De pronto, Blanca, que había tenido que ir al



En cambio, el barón estaba triste...

frente de combate para ver al rey, presentábase bruscamente ante éste, dándole un gran susto.

—¡Una mujer!—exclamó Su Majestad, al verla.

—Una mujer, sí, Majestad. Una sereniana, Señor.

—¿Y qué quieres de tu rey?

—Nada quiero... Vengo a ofrecer un tesoro.

—¿Un tesoro?... Bienvenida seas, mujer, porque para nuestro precario estado, eso vale más que una victoria. Explicáte.

Y Blanca, que quería congraciarse con Alberto XVIII, para obtener el perdón para Raúl, refirió al primero lo que viera cuando Omar, el turco vencido, ordenó al conductor del carro conteniendo el tesoro del jefe vencido que lo condujese al otro lado de la orilla.

—...Y el tesoro está en el fondo del río, Señor. Yo señalaré el sitio para que pueda ser sacado a flote.

—Vamos allá en seguida.

Y el rey, acompañado de Blanca, se trasladó a las puertas de Serenia, en cuyo río se hallaba el tesoro del oriental.

Mientras, Raúl de Serenia, cansado de huir como un foragido, quiso alcanzar su libertad alistándose como voluntario, y con él lo hizo su pueblo, formando una legión aparte.

Don Tonel se dejaba vivir. Como no le faltaba dinero, se pagaba lujos que los mismos oficiales no se podían permitir. Pero alguien le tomó ojeziza y le encargó de una peligrosa misión.

—Disfrazado de turco debes visitar los cuarteles enemigos y conocer los planes secretos de sus jefes.

—¿Los cuarteles?—repitió don Tonel—. ¿No sería mejor conocer los secretos de su harén?

—Si sale con vida de la primera misión, puede encargarse de la que usted propone.

Y don Tonel, temblando por su pellejo, emprendió el viaje hacia lo desconocido, es decir,

ñacia la vida o la muerte... y ya estaba más muerto que vivo.

El rey y Blanca se hallaban ya en la margen del río donde se hallaba el tesoro. Se organizaron los trabajos de salvamento del tesoro, y, al poco, éstos se vieron coronados por el éxito, pues el cofre con las joyas de Omar apareció.



Se organizaron los trabajos de salvamento...

Alberto XVIII estaba radiante de satisfacción, y no contento con haberle proporcionado esa gran alegría, Blanca le dió el tubo que el patriarca Ismael le entregara para él.

—¿Qué es esto?—preguntó el rey.

—Leedlo, señor. Me lo dieron para vos.

Su Majestad, asombrado al ver en el pliego

que sacó de aquel tubo el sello del Capellán de la real casa, leyó lo siguiente:

El abajo firmado, Capellán de los Reales Ejércitos de Oslavia, declara que por secreto de confesión sabe que la bailarina Blanca es la princesa Blanca, sobrina del rey Alberto XVIII, que fué robada de la Corte siendo niña.

*El Abate,
Alfonso de Padua*

—¡Cómo! — exclamó el monarca, maravillado.—¡Eres mi sobrina!

Y la acogió paternalmente, dispuesto a reconocerla públicamente.

—Pero, ¿es posible que yo sea princesa, Señor? —dijo, tímidamente, Blanca.

—Sí, eres princesa, y lo mereces. Iremos inmediatamente a palacio. Yo mismo te acompañaré, con el tesoro, y, luego, ya veremos cómo vencer a ese turco que nos marea. Hoy el rey dedica el día a su gentil sobrina, para celebrar el fausto acontecimiento del inesperado encuentro.

Y tío y sobrina iban camino de palacio, cuando un soldado detuvo jadeante la carroza del rey y dijo al ayudante, viendo que Alberto XVIII dormía como un lirón:

—Los enemigos han cortado el camino... Saben que S. M. viaja con poca escolta.

¿Qué hacer? No había tiempo que perder.

Blanca tuvo una idea y la puso en práctica sin vacilar. Hizo sacar a su tío de la carroza y ella vistióse la capa y el tricornio de él; y al disponerse a partir sola en la carroza dijo al ayudante:

—Decid a mi tío lo que hago por él. Seré prisionera en su lugar. Arriesgo mi vida, para salvar otra que estimo tanto como la mía.

La carroza se alejó, y, a la vuelta de un camino, fué detenida por el enemigo, el cual se llevó chasco al ver que era una mujer y no el rey quien iba en ella.

Omar, furioso por la burla, quería dar muerte a Blanca; pero era tan bonita la bailarina que, pensándolo con más calma, optó por convertirla en favorita de su harén.

Y así fué como don Tonel, que había logrado introducirse en el harén, pero que tuvo que ocultarse en un armario al ser llevado al mismo la nueva favorita, vió a Blanca en grave riesgo de perder su lozanía, que no estaba destinada a un turco, precisamente.

—¡Oh, Blanquita! ¡Cómo tú por aquí?

—¡Pero si es don Tonel!—dijo ella, reconociéndole, al abrir el armario, bajo el disfraz femenino que el acaparador se había puesto para despistar.

—Sí, soy yo, pero quisiera huir. A mí me gustan mucho las señoras, pero estoy viendo que esta vez me van a provocar una indigestión de pronóstico grave.

—Yo puedo salvarle, pero con una condición. Las esclavas acaban de hacerme protestas de amistad, porque están seguras de que yo estoy aquí a la fuerza, sin el menor deseo de ocupar el puesto de favorita. Pues bien, ellas le ayudarán a huir, si me promete decirle al rey de Oslavia que estoy aquí, a fin de que mande soldados a rescatarme.

—Bien. Yo haré lo que me pides, Blanquita.

Y don Tonel pudo huir fácilmente; pero al llegar al campamento de los oslavianos, pensó, fijo siempre su pensamiento en eliminar a Raúl, para que nunca pudiese reclamarle sus bienes en Serenia, decir al mismo, en lugar de hacerlo al rey, dónde se hallaba Blanca.

—De este modo—comentó con sus amigos—, Raúl se meterá, al pretender salvar a Blanca, en la misma boca del lobo, que lo hará papilla; y entonces yo podré vivir tranquilamente, para siempre más, en sus dominios.

* * *

Ni que decir tiene que tan pronto como supo Raúl el peligro en que se hallaba su amada, se trasladó con un puñado de valientes a rescatarla; y Blanca, presintiendo que su salvación estaba próxima, logró, bailando la danza de la cimitarra, desarmar a los espectadores que formaban el séquito de Omar; y, de súbito, Raúl y sus hombres irrumpieron en el harén y lucharon con bravura, hasta llevarse a Blanca sana y salva.

En la lucha, Omar perdió la vida, y esta muerte dió al traste con los planes del turco, cuyo sucesor pidió la paz sin reparar en las condiciones.

Y en el palacio de Oslavia se celebró una gran recepción.

El macero anunció:

—¡Su Alteza la Princesa Blanca de Oslavia!

Y apareció, bellísima con las galas de princesa, la gentil Blanca, quien nunca pudo soñar que era una personita tan importante.

El rey presentó a la Corte a la bella princesa, y al llegar a la altura de un arrogante oficial, dijo Blanca, mirando a éste con inmenso amor:



El rey presentó a la Corte a la bella princesa...

—¡Tío, éste es mi salvador, Raúl de Serenia, el hombre más noble y demócrata del mundo!

—Le nombraré general, ¿no te parece?

—Eso es poco para él, tío...

—Señor—vino a decir al rey su ayudante—, es el momento de las audiencias.

—Perdona, sobrina, pero, ya ves, no me dejan

vivir. Ya hablaremos de la recompensa a tu salvador.

Y Alberto XVIII fué al salón de audiencias.

Uno de los que deseaban decir algo interesante al rey era don Tonel.

—Señor, tengo el triste convencimiento de que Raúl de Serenia ha sido degollado en el palacio de Omar. Yo procuré salvarle, pero no me fue posible. Mas le vengaré, tumbando para la eternidad a muchos turcos. Supongo que Vuestra Alteza, en premio a mis servicios, me dejará seguir ocupando las tierras de aquel desventurado.

Alberto XVIII comprendió las intenciones de aquel tonel ambulante, y llamando a Blanca y Raúl, que se estaban besando apasionadamente, se los presentó, diciéndole:

—¡Aquí está el muerto más vivo que he conocido!

Don Tonel creyó morirse verdaderamente del susto, y el rey, noble y justiciero, tan noble y justiciero como amigo de la paz y de los buenos alimentos, añadió:

—¡Tendrás un castigo ejemplar!

—Señor...

—Estoy enterado de tu egoísmo, y quiero que no poseas nada tuyo, que vivas de la generosidad de los otros.

—¡Oh, Majestad!

—¡Casarás a tu hija con el elegido de su corazón!

Y dando una palmada, como cosa convenida de antemano, aparecieron Rosarín y el barón Juglar.

—Aquí tienes a tu hija y a su futuro marido, Tonel. Ellos serán los dueños de cuanto tú posees,

y ellos te asignarán la pensión que quieran para que puedas vivir.

—¡Por Dios, mi rey!

—Para que aprendas a rodar, Tonel.

Y no dijo más el sabio rey; y algún tiempo después, decidido a retirarse a jugar al tute, para vivir lo más tranquilamente posible el resto de sus días, renunció a la corona a favor de Raúl de Serenia; cumpliéndose así el vaticinio de la vieja amiga de Blanca, cuando ésta no pensaba ni remotamente ser princesa y esposa del apuesto Raúl.

F I N

No se olvide de

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

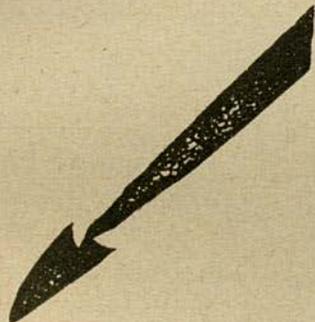
Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Acaba de aparecer

en las selectas *Ediciones Especiales* de

La Novela Semanal Cinematográfica

la deliciosa novela



RENACER

Genial creación de

Suzy Vernon



FORMIDABLE ÉXITO DE

La Novela de la Modistilla



Publicación semanal
de asuntos sentimentales

Números publicados:

¡Y supo defender su amor!
por F. M. Bistagne y A. Bayón

El despertador
por José Reygadas

La Reina de las Modistillas
por M. de Alba

El amor que no engaña
por Francisco-Marío Bistagne

El próximo sábado:

La modistilla madrileña
por Abel Molins

Precio: 30 céntimos

